

Prólogo de Andrés Oliver

LOS CAMINOS DE ARTURO ROIG Y SU AVENTURA

Ni los terremotos, ni las sequías, las inundaciones y en el más cercano de los casos, la burguesía, la hipocresía y la estupidez humana derribarán este árbol-libro con tantas hojas que solo el pensamiento pudo arrancar del recuerdo que a veces es historia y otras no.

Mendoza en sus letras y sus ideas Tomo I y II, nos conduce irreversiblemente a un desafío contra la soledad, que es la pérdida de la memoria. Porque es verdad que los muertos quedan solos pero Arturo Andrés Roig se ha involucrado como un resurrector más allá de lo que Mendoza naturalmente niega: el recuerdo.

Comenzó por Juan Gualberto Godoy hasta el asesinato de Mauricio López; siguió por el suicidio de Julio Leónidas Aguirre; las estrofas de Julio Quintanilla; la proeza de Carlos Levy calculando otro *Martín Fierro* y, no lo hizo solamente desde el concepto de la historia y la filosofía sino desde la intimidad de cada uno de ellos. Conmueve el recuerdo de Jorge Enrique Ramponi, Américo Calí, Agustín Álvarez como gran educador sin separar la poesía de la enseñanza y, más allá de los derechos que nuestros "ilustres" a veces involuntariamente "ilustres", pero si con la obligación de estimular la ética y el conocimiento.

Roig defiende los derechos humanos y a pesar del exilio nunca se sintió fuera de Nuestra América.

Pero en estos dos tomos las ideas están presentes como pájaros que en su vuelo salpican la tinta necesaria para la continuación del humanismo. Yo lo miro y es un árbol de savia inmortal, lo toco y desnuda la piel escondida de Mendoza en páginas de amor y dolor, de historia y filosofía, sin cansancio. Páginas de otras páginas que debieron haber sido leídas hace más de cien años, versos que tal vez jamás alcanzaron a escribirse y no se pueden entrelazar con tumbas. La vida y la muerte con nombre y apellido, responsables.

Y aunque nadie protege a nadie, pero todos sospechan y se orientan a un mismo olvido, *Mendoza en sus letras y sus ideas* es una misma época con algunos detalles de estaciones, de nombres propios, impunidad de personajes que no son mencionadas porque da vergüenza y no merecen ser registradas en los labios de las letras.

La verdadera lucha viene repitiéndose sin acorrallar ni humillar a nadie. Ahora se termina el silencio y Arturo Roig continúa dejando en nuestras manos la herramienta que expone pensamiento, lo ventila y arroja a los ojos la identidad de esta Mendoza colmada de vino y bohemia, de ciencia y poetas trastornados y obsesivos, a favor de la razón y la justicia.

Andrés Oliver
Mendoza, enero de 2009

CAPÍTULO PRIMERO

NUESTRA “MANZANA DE LAS LUCES”

Felicísima ha sido la idea de poner el nombre de “Manzana de las luces” a uno de los sectores arquitectónicamente más bellos de la ciudad y que incluye una de las plazas más simbólicas, presidida por la estatua ecuestre del Gral. San Martín que nos está imperativamente ordenando un *plus ultra*, ese más allá inacabable e inagotable de la cultura.

En esta plaza ornada con el neoclásico majestuoso del antiguo Banco de Mendoza, y del recargado y no menos bello barroco español del que fuera el banco Hipotecario, sabiamente rescatados ambos como expresiones de la cultura, festejamos hoy, con íntimo gozo nuestra ya clásica “Feria del Libro”. Y decimos bien “festejar”, pues eso es lo que significó originariamente la palabra feria: día de fiesta. Lástima que no nos acompañe ya el célebre y honorable edificio del Teatro municipal, demolido sin motivo por un intendente sordo a los intereses culturales, templo del teatro lírico y de la música y así como ese, otros no menos cargados de significación para los mendocinos.

¿Y qué más llena de simbología que la palabra “libro”? Los aztecas escribieron sus códices en cortezas de un árbol, el amate. ¿y los romanos primitivos qué hicieron? Pues escribir en cortezas que arrancaban al *quercus suber*, el árbol, del corcho. Y eso es lo que significa “libro”: corteza. El libro y el árbol quedaron unidos no solo por ese uso, sino también simbólicamente. Muy pronto el árbol, con sus múltiples ramas, será la expresión del desarrollo del saber humano. El destino de la “Manzana de las luces” es y será, el jardín donde crece el “Árbol de la sabiduría”.

Volvamos al tema del libro. Lógicamente no solo la corteza fue usada para escribir. También se lo hizo en ladrillos de barro, en pizarras, en las arenas del mar. El milagro de la escritura abrió una etapa decisiva en la historia humana. De la primitiva corteza se pasó a la pulpa de madera. Ya sabemos lo que esto significa. El libro nace de la muerte del árbol. A ambos podemos y más aún debemos salvarlos. No podemos salvar el libro sin salvar el árbol. Si el primero es el compañero de nuestras mejores horas, el otro no lo es menos. Aquí se han de reunir el intelecto con el sentimiento, la razonabilidad con la vida cordial, la del corazón. No podemos destruir ni al uno ni al otro, sin correr el riesgo de destruirnos a nosotros mismos.

Pero vayamos ya a nuestra Feria del Libro. Ya dijimos que lo que hoy se inaugura es una “fiesta”. Y lo es porque todo libro supone una satisfacción, una complacencia, un regocijo, y también un dolor, una angustia, una añoranza, ya que a través de sus páginas damos a conocer a los demás nuestra vida espiritual, ya porque nos permite extender el saber de ciencia, ya porque en sus folios denunciamos la injusticia o ya, en fin, porque en él ponemos nuestras creencias y nuestras esperanzas.

¿Cuándo comenzó para nosotros los mendocinos, esa “fiesta”? Pues sin duda ya estaba insinuada en nuestro primer libro y, por cierto, nuestro inicial escritor que colocándose más allá de las columnas de la hoja periódica, dio nacimiento entre nosotros al primer conjunto de folios librescos. Fue uno de nuestros ilustrados, aquellos enamorados de las “luces” que ahora celebramos en esta “Manzana de las luces”: José Lisandro Calle, mendocino, compañero de Juan Crisóstomo Lafinur, de José María Salinas,

de Juan Gualberto Godoy, quienes dieron nacimiento en nuestra vieja “ciudad de barro” a la “filosofía de las luces” o de la “ilustración”. El histórico libro se llama *Memoria sobre los acontecimientos más notables de la provincia de Mendoza en 1829 y 1830*, tiene doscientas cuatro páginas y salió de los tórculos de la imprenta lancasteriana o Imprenta de educandos por Lancaster, en 1830. Esta imprenta junto con las de Van Cisse y las del Bazar madrileño, fue una de las más famosas de la primera mitad del siglo XIX. Así pues, Mendoza dio a luz su primer libro hace hoy ciento setenta y ocho años. La obra de Calle no es propiamente una historia y, prudentemente, el autor le puso el nombre de “Memoria”.

Diez años antes de que apareciera nuestro primer libro, nuestro primer poeta, Juan Gualberto Godoy, dio a conocer en 1820 en un folleto de treinta páginas, su narración en verso de las aventuras de un caudillo alzado, Francisco Corro, oficial de uno de los ejércitos de reserva dejados por el general San Martín en Cuyo. Lógicamente, no lo podemos considerar como libro pero de todos modos lo mencionamos, porque fue el comienzo de una vida entera dedicada a un género poético característico de la época: la poesía satírica.

Juan María Gutiérrez, a quien tanto le deben las letras argentinas y americanas, en su conocido libro titulado *Antología poética*, publicado en Valparaíso en 1846, incluyó tres composiciones de Godoy, dándole así al poeta cuyano alcance continental.

¿Pero hubo antes de 1830 intentos de publicar libros nuestros? Sí, por cierto. No podemos olvidar nuestra primera y más antigua literata, la señora Antonia Monclá y Santander, mendocina que en sus ratos de ocio redactaba cartas literarias. Eusebio Llano Zapata, un curioso viajero que llegó a Mendoza desde Lima, las leyó y le parecieron tan interesantes como las célebres de Madame de Maintenon, por lo que le propuso a la autora publicárselas en Madrid. Todo esto era un poco antes de 1759. Lamentablemente, las cartas de doña Antonia se perdieron y, años más tarde, en 1869, el infatigable Juan María Gutiérrez en un estudio al que tituló *Poetisas sudamericanas durante el régimen colonial*, afirmó que Monclá era la más antigua mujer dedicada a las letras en nuestras tierras.

Volvamos al siglo XIX. Si bien el periodismo se fue afirmando hasta llegar a la hoja diaria en la década de los '80, si nos atenemos al catálogo de publicaciones mendocinas que hizo Eusebio Blanco poco antes de morir, el que abarca el período que va desde 1831 hasta 1883, menciona escasísimos libros. Se trata de una lista de cartillas pedagógicas, folletos sobre vitivinicultura, regadío, procedimientos judiciales, guías de comercio, etc., los que en conjunto pasan escasamente el medio centenar. De todos modos los pocos libros que se citan, de Manuel J. Olascoaga, de Manuel Antonio Sáez, anuncian la apertura de una nueva etapa. No podemos olvidar la actividad de sociedades literarias que fueron adquiriendo una importancia creciente.

Por otra parte, la expansión del libro requería ciertas condiciones importantes: la formación y educación de un público lector. Y esto también fue tardío. Un caso patético fue el de la lucha de nuestros primeros novelistas. El 2 de agosto de 1925, bien entrado el siglo XX, nuestro conocido y recordado escritor Alejandro Santa María Conill, escribía en el diario *Los Andes*: “Las personas de un criterio un tanto singular, suelen mirar con desdén, y no pocas veces con desprecio a los libros que según ellos no conducen al Parlamento ni a la alta banca, ni a los grandes puestos, son obras escritas por pobres diablos, destinadas a gente que gustan perder el tiempo leyéndolas. En fin, siempre a estar a lo dicho por esas respetables personas, las novelas, merced a su contenido, apenas pueden llamarse libros. En esta vida –concluía diciendo Santa María– abundan los Sanchos y faltan los Quijotes.

No olvidemos que don Quijote, a más de ser un símbolo profundo, es un libro y todos los que participen en esta "fiesta" han puesto algo, en sus libros, del Caballero de la Triste Figura. Muchas gracias.

Arturo Andrés Roig